

IDEA DEL MUNDO Y FILOSOFIA DE LA NATURALEZA

Bajo esta rúbrica común aparece en la Editorial Desclée, de París, un estimable volumen (1), obra en colaboración, que por su interés queremos presentar y glosar brevemente.

Agrupar el presente volumen cuatro valiosos estudios sobre un problema tan actual como el que plantea la naturaleza y el conocimiento del mundo físico. Estanislao Breton escribe sobre *Monde et nature*; el P. Domingo Dubarle, O. P., sobre *Epistemologie et Cosmologie*; O. Costa de Beauregard, sobre *Physique et finalité*; Jean-Jacques Latour, sobre *La nature dans la pensée de Whithead*.

El solo nombre de los autores es suficiente garantía de que se trata de estudios serios, maduros y bien pensados sobre un tema tan agitado en nuestros días. Muy bien dice el P. Dubarle que "nunca como ahora ha sido tan intenso el estudio científico de la realidad, y nunca ha aportado una cantidad tan grande de nuevos conocimientos" (p. 93). El mundo físico, que es el objeto propio en que se mueven las variadísimas ciencias de la naturaleza, constituye un campo riquísimo e inagotable de investigación. Mucho es lo que se ha avanzado en su conocimiento desde los griegos, y mucho más desde Copérnico y Galileo hasta nuestros días. A esas ciencias se debe lo que hasta ahora conocemos, y a ellas igualmente se deberá lo que en adelante podamos llegar a conocer. Pero el saber verdaderamente científico debe estar dotado de larga paciencia y tener la virtud de esperar sin precipitación a que los datos adquiridos autoricen a establecer conclusiones seguras y amplias visiones panorámicas de conjunto.

A pesar de los espectaculares avances de las ciencias físicas son todavía muchos los problemas que permanecen abiertos y sin próxima esperanza de solución. Uno de ellos —objeto principal de los estudios que estamos reseñando— es si cabe llegar a una visión amplia, coordinada y totalitaria del cosmos —una "cosmovisión"— que

(1) *Idée du monde et Philosophie de la Nature*. Recherches de Philosophie VII. Paris, Desclée de Brouwer, 1966, págs. 215.

podría ser llamada "filosofía de la naturaleza". De hecho las tentativas, más o menos felices o prematuras, se han multiplicado a lo largo de la historia. Pero no hace falta advertir que su valor "científico" es muy desigual y que tanto hoy como en épocas ya remotas sigue latente el peligro de intentar suplir con teorías puramente mentales, o lo que es peor, con recursos imaginativos, la insuficiencia de los datos ciertos y seguros suministrados por las ciencias físicas.

La tentación de las "cosmovisiones" es muy antigua en la historia. Sin ir más lejos la encontramos en las teogonías y cosmogonías griegas, pero sobre todo se suceden repetidamente a todo lo largo de la línea neoplatonizante, desde Plotino, Proclo, Jámblico, Mario Victorino, Boecio, el seudo Dionisio, pasando por Escoto Eriúgena, los árabes, Cusa, Ficino, Pico de la Mirándola, Boehme, Roberto Fludd, Spinoza, Hamann, Schelling, Hegel, Bergson, hasta Teilhard de Chardin. Su grandiosidad panorámica es quizá lo que ha contribuido a que esas teorías figuren en la Historia de la Filosofía como grandes "sistemas", siendo así que en todos o en la mayor parte entra en no escasa proporción el elemento fantástico o imaginativo, predominando con mucho sobre el verdaderamente científico.

A esa rama o línea neoplatonizante —que es la más potente, dominante y persistente en el curso de la historia del pensamiento desde Plotino hasta nuestros días— se deben amplias "cosmovisiones", pero todas ellas calcadas sobre un esquema demasiado monótono, repetido y en muchos casos superficial o imaginario. Y lo peor es que, en vez de haber contribuido a esclarecer o completar nuestra visión real del cosmos, la mayor parte de ellas ha repercutido de rechazo en menosprecio y abandono, o por lo menos descuido del auténtico trabajo que contribuye verdaderamente al progreso de la ciencia física. En lugar de moverse dentro del campo experimental e inductivo, limitando sus conclusiones a lo que den de sí en cada momento los datos y hechos bien comprobados, se salen fuera del ámbito de la física, y penetran en otro que en el mejor de los casos pertenece a la teología —natural, se entiende—, y en el peor y más frecuente al del mito y a la fantasmagoría. No poca parte del descrédito de la llamada "filosofía" en los ambientes "científicos" se debe precisamente al predominio y al abuso de este tipo de filosofar.

En otro aspecto tenemos el intento de las "filosofías de la naturaleza de estilo categorial", a que se refiere Estanislao Breton (p. 86), cuyo representante más característico es Kant. Lo cierto es que con ellas puede construirse cualquier cosa, menos una ciencia física. Un intento de hacer ciencia física que comienza por desligarse del contacto sensorial con la realidad, prescindiendo de toda la información procedente de la experiencia sensible, se priva desde ese mismo momento de la condición indispensable para una interpretación real y objetiva de los hechos. Esta reclusión, totalmente innecesaria e injustificada, en la subjetividad se agrava con las pretensiones de for-

mular una legislación que pretende regular *a priori* la objetivación de unos fenómenos puramente internos, los cuales deberían sujetarse a un conjunto de reglas en cuya determinación solamente intervienen normas pertenecientes al orden lógico.

La verdad es que ese tipo kantiano de física categorial no ha contribuido en nada apreciable al avance efectivo de la ciencia del mundo físico, aunque por otra parte no se puede decir que la haya entorpecido gran cosa, pues no sabemos de nadie que se haya preocupado de ajustarse a sus prescripciones.

Nos parece preferible y más auténtica la actitud de Aristóteles, aunque su física no logró ir mucho más allá de lo que permitía la aplicación de sus propias categorías o de las nociones generalísimas formuladas en su Filosofía primera, utilizándolas para dar definiciones muy exactas de los fenómenos más salientes del mundo físico. Pero por lo menos no rompió el contacto sensorial con la experiencia, ni trató de imponer leyes rigurosas a toda investigación futura. Aristóteles no cerró, sino que abrió el camino a una auténtica ciencia física, cosa que no nos atreveríamos a afirmar de Kant. Si el camino abierto por Aristóteles quedó estancado durante muchos siglos, echemos más bien la culpa a las circunstancias históricas que sobrevinieron después de su muerte, y en mayor medida al predominio y a la proliferación de las "cosmovisiones" neoplatonizantes, las cuales sí que repercutieron en el abandono de la experiencia y del estudio directo de la naturaleza física.

Recientemente la "filosofía de la naturaleza" ha buscado otros cauces, uno de los cuales es la fenomenología. En realidad muchas de sus reglas se reducen a prescripciones lógicas o metodológicas de sentido común elemental, y también de escasa novedad, que por desgracia no siempre se han tenido en cuenta al abordar los problemas filosóficos o científicos. Pero una fenomenología que se recluya en el análisis empírico de la realidad sensible, con o sin aparatos que refuercen nuestra visión, no llegará jamás a penetrar en el sentido profundo de las cosas, ni llegará al acceso intuitivo de sus esencias, ni menos a una "cosmovisión" ni a una explicación total del Universo. La intuición eidética —en caso de ser posible—, así como una visión totalitaria y una explicación integral del Universo hay que buscarlas por procedimientos que desbordan el campo de lo puramente empírico y sensible, rebasando los linderos acotados por la pura física.

A la fenomenología se deben, ciertamente, ingeniosos y finos análisis descriptivos del *Umwelt* y de las cosas en él contenidas, pero hasta ahora sus aportaciones al conocimiento del *Welt* pueden calificarse de modestas o quizá de nulas. Algo parecido sucede con las severas reglas de la epistemología neopositivista. Pero la verdad es que, en el mejor de los casos, los buenos consejos de los fenomenólogos y los epistemólogos no ahorran ni evitan ni suplen el duro y lento trabajo de investigación, que en realidad es el único fecundo en resultados positivos para la ciencia. Más bien queda la impresión

de que las ciencias del mundo físico prosiguen sus avances sin hacer gran caso de los buenos oficios ofrecidos por los "filósofos", que pretenden dictarles reglas metodológicas desde unos campos u otros. Por otra parte nos asalta la sospecha de que esas corrientes fenomenológicas o epistemológicas, más que de suministrar a los físicos reglas prácticas, apropiadas y fecundas, para orientar su investigación, se preocupan más bien de señalar unos pretendidos límites a la "ciencia" y de recluirla en un determinado campo estrechamente acotado, que por otra parte el físico en cuanto físico no tiene por qué rebasar. Parece que su principal obsesión, se cifra en descalificar *a priori* lo que ellos determinan o entienden por "metafísica", sin que por otra parte hayan contribuido efectivamente con aportaciones reales y con resultados positivos al avance y desarrollo de la "física". Muchos de los autores hoy día más citados, tanto en el campo de la fenomenología como en el de la epistemología, podrían repetir en tono de disculpa la frase de Francisco Bacon: "ego buccinator tantum, pugnam non in eo".

Tampoco faltan quienes, por una extraña paradoja, proclaman el retorno a la actitud de los primitivos griegos, como si esto fuera garantía de una visión más limpia y desapasionada de la realidad y un camino para lograr una auténtica "cosmovisión". Más bien parece que la marcha de la ciencia es irreversible. Para llegar, si alguna vez se llega, a ese concepto totalitario del mundo, no basta con mirar atrás, sino que es preciso seguir adelante, al compás que permitan los sucesivos descubrimientos de las ciencias, sumando sus aportaciones, cada una en el campo y orden que específicamente le corresponde.

Esto no quiere decir, sino todo lo contrario, que la realidad al alcance de nuestro conocimiento sea tan sólo la puramente física, antes bien cualquiera que sea la "cosmovisión" a que se llegue por las ciencias de la naturaleza deberá completarse con el conocimiento que podamos alcanzar acerca de las realidades espirituales y trascendentes, mediante las aportaciones de otras ramas del saber, las cuales son, a su vez, parte de una filosofía integral. Por medio de procedimientos puramente físicos no llegaremos jamás a penetrar en el sentido profundo ni siquiera de las realidades intramundanas, sino que es preciso remontarnos a la pregunta sobre su principio primero y su finalidad, cuyos fundamentos últimos están fuera del mundo físico, y cuya investigación entra en el campo de otra rama de la filosofía, que es la teología natural. Los procedimientos lógicos de la fenomenología y la epistemología son útiles y aceptables, a condición de que se atengan al campo puramente empírico y no traten de prejuzgar *a priori* los resultados, ni menos de cerrar el paso o impedir la posibilidad de una extensión de nuestro conocimiento a otro orden de realidades no sensibles ni empíricas.

En cuanto a la cuestión principal que constituye el tema del libro a que nos estamos refiriendo, nosotros nos permitimos opinar que para estudiar o investigar acerca de las realidades materiales y bio-

lógicas del mundo físico no hace falta ninguna clase especial de "filosofía de la naturaleza", a no ser que con este nombre designemos una ciencia con el mismo objeto, procedimientos y variedades específicas que Aristóteles asignaba a su Física, en cuanto ciencia del ente móvil. Otra cosa sería una reduplicación inútil de ciencias, o por lo menos de nomenclatura. Lo único que habría que hacer sería completar la enumeración de esas ramas que después se han desarrollado y multiplicado en forma que Aristóteles no pudo prever, ni siquiera imaginar.

Al físico le basta con ser físico y con hacer ciencia física, que es la labor que le corresponde, sin necesidad de complicar sus investigaciones con "cosmovisiones" que caen fuera del campo específico que le compete en cuanto tal. Ampliar desmesuradamente el campo de la física equivaldría a retornar al concepto inarticulado del saber tal como apareció en los primeros presocráticos y en el que volvieron a reincidir los epicúreos y estoicos, los cuales lo involucraban todo en sus tratados físicos. No obstante, el físico —lo mismo que todos los demás cultivadores de otras ramas de la ciencia— deberá tener en cuenta las nociones comunes, generalísimas y fundamentales que le suministra la Filosofía primera, así como las reglas generales para pensar ordenadamente que le proporciona la Lógica, o si se quiere la fenomenología o la epistemología, que son comunes a todas las ciencias particulares y que todas deben observar, cada una en el campo que le corresponde. Lo que no es lícito es establecer una fenomenología, una epistemología o una lógica matemática, aptas solamente para la física, y después pretender erigirlas en cánones obligatorios para todas las demás ramas del saber, descalificando por decreto a las que no se ajusten a sus prescripciones. Todo esto, a sabiendas de que simplemente con esas nociones o reglas generales no se llegará muy lejos en el campo propio de cada una de las ciencias particulares, sino que es a cada una de ellas a quienes corresponde proseguir la investigación en su propio campo y con sus métodos propios, a fin de enriquecer con sus descubrimientos el saber total, o la filosofía integral.

Por esto confesamos que no acertamos a ver la necesidad de una figura de ciencia autónoma e independiente, denominada "Filosofía de la naturaleza", ni distinta de la física y de la teología, ni englobando a estas dos en una ciencia unitaria, a la manera de una "teología del cosmos" o de una "cosmología teológica" (p. 103,135). Menos sostenible aun son las "filosofías de la naturaleza" románticas o de tipo neoplatonizante que acertadamente repudia S. Breton (p. 78), así como el concepto de "naturaleza" de Whitehead, que critica J. J. Latour (p. 203). Igualmente inconsistentes e infecundas son las filosofías *a priori* de "tipo categorial", más o menos relacionadas con el kantismo (p. 79).

En cuanto a las teorías fenomenológicas y epistemológicas, sus pretensiones de reglamentar el trabajo científico en el campo de la física valdrán lo que valgan sus prescripciones en cuanto que puedan

contribuir de alguna manera a orientar o facilitar la investigación que los físicos deben realizar en el campo específico que les corresponde, pero sin pretender erigirlas en imperativos categóricos de validez universal para todas las demás ramas del saber. La realidad no se agota en el terreno de lo sensible y experimentable, y no es legítimo extender la aplicación de unas leyes, premeditadamente calculadas para ajustarse al orden de la materia o de la cantidad, al campo de otras realidades, excluyendo por decreto del carácter de ciencia todo lo que a ella no se ajuste. El positivismo tiene una vida más dura de lo que parece, y sus ramificaciones y derivaciones continúan más o menos latentes en muchas actitudes de las filosofías de nuestro tiempo.

Estas leves discrepancias en algunos puntos muy particulares no impiden que recomendemos como de alto valor científico el libro que hemos presentado a nuestros lectores.

GUILLERMO FRAILE, O. P.